

## PRESENTACION DE DOS CENTENARIOS

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

Con mil doscientos años de diferencia se produjeron dos hechos que han marcado la historia, y que la hicieron seguir rumbos hasta aquellos días impensados, y también —¿por qué no?—, impensables. Ciertamente, ninguno de los protagonistas era consciente de lo que se estaba gestando. Pero sus actos, y la bendición o la permisión de Dios, hicieron que el mundo cambiara de camino y viviera otras historias.

Bien sé que somos los hombres los que damos a las cifras unos valores que en verdad no tienen. Hubieran sido igual de importantes la conversión de España y la Revolución francesa sin la redondez de los ceros. Hubiera sido igual. Ahí estarían como paradigma de muchas cosas. De tantas, que podemos decir que son la cara y la cruz de la historia. Pero parece ser que hasta estas simples convenciones humanas —los centenarios, y que hubiera mil doscientos años justos de diferencia entre una y otra—, nos las juntan y aproximan a nosotros. Y, sin embargo, son la absoluta distancia. Son, en aquella genial imagen agustiniana, la representación de la ciudad de Dios y de la de los hombres.

Alguno pensará, quizá, que estoy exagerando, que, con un *chauvinismo* español intento equiparar un hecho histórico de importancia cierta, pero local, con la gran convulsión que supuso la caída del Antiguo Régimen y la aurora del mundo contemporáneo. No. No es pasión de español que exagera sus glorias. Confío que, tras mis palabras, lo entenderéis así.

Porque los actos de los hombres no se agotan en sí mismos. La madre que alumbró un hijo puede estar ofreciendo al mundo a Beethoven o a san Juan de la Cruz. O al padre o a la madre de Beethoven o de san Juan de la Cruz. La pequeña victoria de Covadonga pudo ser el efímero triunfo de una escaramuza entre reducidas fuerzas y, sin embargo, fue el nacimiento de una patria. Lo que en un momento se hace puede no influir en nada o cambiar la historia.

La importancia del III Concilio de Toledo no radicó en la conversión de los godos, que, naturalmente, fue importante. Si sólo fuera eso, Recaredo no tendría más gloria que Clodoveo o que aquel príncipe de las estepas que, siglos más tarde, bautizó a la 'Rus' de Kiev.

No estamos celebrando el que un rey se convirtiera el 587 y dos años después volviera a todo su pueblo, o a su pequeña parte de pueblo dominante porque la dominada ya era católica, a la religión verdadera. Ese, ciertamente, es un hecho para celebrar y los católicos de una patria deben conmemorarlo. Pero es tan pequeño ese hecho, con ser tan grande, en comparación con lo que de verdad ocurrió, que casi se pierde en la lejanía de los tiempos.

Porque aquella conversión hizo a España. Que hasta hacía poco no era más que unas provincias romanas y después un reino dividido, pues unos españoles, los hispanorromanos, profesaban la verdadera fe y otros, los visigodos, la herejía arriana. Se sentían distantes e incluso enemigos. Y aquella joven nación, recién nacida como unidad, pues todos sus hijos se reunían como hermanos en la casa de Dios, apenas pudo disfrutar del acontecimiento. Poco más de cien años después parecía desaparecer para siempre. Y la Cruz era barrida por la media luna.

Pero no fue así. Porque aquel bautismo toledano había sido un bautismo distinto y especial. Es como si las aguas de la regeneración no hubieran lavado sólo los pecados e infundido la gracia a los bautizados, que ciertamente fue así, como en cualquier bautismo, sino que también hubiese infundido la gracia a España.

Y ahí está la diferencia esencial. ¡Claro que Francia fue una nación católica! E Inglaterra. Y Alemania. Y, más tarde, Polonia. Con inmensas glorias eclesiales. Pero en España no fue igual. España fue la nación de Cristo y para Cristo. No fue la nación de España y para España.

Repasad la historia. Fue así. De ahí la gesta, y la gloria, y el orgullo. Con debilidades humanas y pecados y vergüenzas. Pero así fue. Esa es la diferencia. Eso es nuestra América. Y, aun antes, nuestro Portugal. Y, cuando digo nuestro Portugal no es con pretensión posesoria sino con el orgullo del padre ante un espléndido hijo.

Porque ese fue nuestro primer hijo. Portugal es el hijo primogénito de España. Con dolores de separación porque muchos padres, o casi todos los padres, no entienden los deseos de emancipación de los hijos y muchos hijos, o casi todos los hijos, no saben agradecer a los padres los amores y sacrificios que les han costado.

Esto es lo que estamos celebrando. No una simple conversión, por hermosa que ella fuere, sino el nacimiento de una patria que se entregó a su Dios. Que le dio a su Dios todo lo que podía darle. Todo. Su vida y su hacienda. Sin miras egoístas. Porque hemos sido una nación de amor.

Hoy, cuando esa palabra —amor— está tan prostituida, nosotros tenemos que reivindicarla. Hemos sido una nación de amor. Claro que en un matrimonio hay momentos difíciles y problemas y discusiones. Pero nosotros, pese a ello, España, en el 589, se casó con Cristo. Enamorada de Cristo. Y, además, como debió casarse. Para siempre. En la salud y en la enfermedad. En la alegría y en el dolor. En la victoria y en la derrota. Para siempre.

Y aquella España niña se entregó a Cristo con la ilusión de las niñas enamoradas. Y cuando todo parecía hundirse, cuando Almanzor hollaba con las herraduras de su caballo nuestro primer templo y se llevaba sus campanas a hombros de cristianos, aquella España niña miró con amor a su esposo. Le miró. Y fue como si aquel esposo estuviera tan enamorado de España como España de él. Y fue Clavijo. Y fueron las Navas de Tolosa. Y el Cid.

Y fue Fernando el Santo y Sevilla. Y Jaime y Mallorca y Valencia. E Isabel y Granada.

Y la esposa niña fue ya una esposa joven. Y el amor, como en un verdadero matrimonio, fue aún mayor con los años. El sacramento bautismal, que ya lo era de matrimonio, lo fue también de confirmación y de comunión y de penitencia. Miramos al esposo como diciendo: ya te hemos dado toda España. Desde los Pirineos a Gibraltar. Y ya un hijo, Portugal, está haciendo maravillas para Ti. Pero yo creo que ni esperamos la contestación. Porque al amor todo le parece poco. Y la enamorada joven fue a Mühlberg y a Lepanto y a América. No por España sino por Dios. No para España sino para El.

La esposa entró en la madurez. Había que cuidar a aquellos hijos que tenían nombre de España: Nueva Granada, Nueva España, Nuevo León..., y cuyas ciudades tenían nombre de cielo: San Salvador, Santa María de Buenos Aires, Nuestra Señora de los Angeles... Había que alimentar también a estos otros hijos de España: dominicos, mercedarios, jesuitas, carmelitas descalzos y descalzas, escolapios, hospitalarios... Con la misma generosidad con que a nuestros hijos nutrimos a los otros: a franciscanos, a benedictinos... Y de tal manera lo hicimos que fueron también de algún modo hijos nuestros.

Hasta que se fueron los hijos. Y el hogar pareció llenarse de la frialdad de los recuerdos. ¡Cuánto parecido con esa madre triste, anciana y sola que parece vivir más del ayer que del presente! Y había sido tan hermoso aquel matrimonio, habían admirado y envidiado tanto a España las demás naciones, que creyeron, con desdén satisfecho, que aquel matrimonio entre una nación y su Dios se había roto, que el amor había desaparecido, que una vez crecidos los hijos se habían divorciado, pues nada querían saber ya el uno del otro.

Y lo cierto es que algunas apatencias daban razón a todas aquellas naciones que hacía muchos años habían abandonado a su esposo tras mil infidelidades. Con un monje hereje y rijoso. Con una mujer bonita y bolena. Con la «filosofía» y el hombre de sus derechos. Con un rey sacristán o con un rey ladrón. Y

que decían que ya lo sabían ellas. Que España era como todas. Que mucho presumir para luego terminar así.

Y ni siquiera como todas. Mucho peor. Porque ellas, al fin y al cabo, conocieron otros amores cuando eran jóvenes y disfrutaron de ellos al menos de algún modo. Pero España, ahora, a sus años...

Una vez más, ¡qué equivocado estaba el mundo con España! Tal vez se hubiera abandonado un poco, quizá tras tanto amor y tanto trabajo se había distraído algo. Y bien lo aprovecharon los enemigos del esposo. Pero de ahí a que no lo amase... Y seguía siendo tanto que cuando llegó la ocasión pareció que fue más que nunca.

La esposa que lo había dado todo, hijos que ya no tenía, riquezas que ya no tenía, poder que ya no tenía, gloria que ya no tenía, le ofreció la vida que era lo único que le quedaba. Y aquella historia de amor y de muerte fue una historia de muerte y de vida, una historia de vida y de amor.

Es como si los españoles, cuando todos creían que se habían alejado de Cristo, hubieran decidido ir a su encuentro y por el camino más rápido y seguro. Y con sólo un equipaje de amor.

Y de nuevo el mundo se asombró al encontrarse con aquella inmensa peregrinación al cielo en la que la alegría del amor borraba hasta la sangre de las balas.

Allí iban los obispos y los niños, los ancianos y las monjas, los sacerdotes y los padres de familia, los soldados y los religiosos. Y el mundo se los encontró alegres, enamorados, camino del cielo, muertos, asesinados por amor a Cristo y resucitados ya por el amor de Cristo.

España, que a lo largo de su historia había hecho para el cielo santos con la misma facilidad y abundancia que la primavera flores, dio a su esposo en pocos meses más santos que los que le había dado desde que le conoció hasta 1936, más santos que los que le había dado el mundo en su historia.

Veis cómo fue mucho más que la conversión de Recaredo y de sus godos. Cuando san Gregorio Magno decía a nuestro rey que aquella mudanza era obra de la diestra de Dios y que lle-

garía al cielo seguido de tropas de cristiandad, apenas vislumbraba lo que iba a ser.

Esa España, bautizada hace mil cuatrocientos años, intentó, con mejor o peor fortuna en cada momento, instaurar una sociedad cristiana que implicaba un sistema político cristiano.

Eran hombres nuestros reyes, nuestros obispos y nuestro pueblo. Y, por tanto, la componente humana afeó e incluso manchó en ocasiones esa hermosa idea de hacer aquí, en lo que quepa, un anticipo del reino de la Jerusalén eterna, un reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de paz y de amor.

Un reino en el que los reyes son para los pueblos y los pueblos para Dios. Un reino en el que todos, el rey incluido, son hijos de un Dios que es padre y redentor de nuestros pecados. Y que nos espera en el cielo. Un reino en el que es pecado matar y robar y obligado amar. Y no sólo a los amigos sino también a los que nos ofenden y persiguen.

Este sistema social, que evidentemente es una aspiración, pues su realización perfecta no cabe en este mundo, sufrió hace doscientos años una oposición absoluta con la Revolución francesa. El otro centenario que este año evocamos y no podemos celebrar.

El mundo que surge de la Revolución francesa es absolutamente contrario al que nació de la conversión de Recaredo y de las demás naciones cristianas. Este era un mundo para Dios. Aquel es un mundo sin Dios. La diferencia no es sólo una palabra de cuatro letras, la diferencia es total.

No os engañéis. Sin Dios no somos hermanos. Si no somos todos hijos suyos, ¿en base a qué la hermandad? ¿Por qué andamos de pie? ¿Lo somos por eso de los gorilas? ¿Por qué hablamos? ¿Y los mudos? ¿Por qué tenemos inteligencia? ¿Y los subnormales, los dementes, los ancianos ya idos, los descerebrados? Y si no somos hermanos cabe todo: el aborto y la eutanasia. Y el asesinato, que al fin y al cabo eso son aborto y eutanasia.

Sin Dios, como no se puede vivir en la anarquía o bajo la dictadura de la ley del más fuerte, por puro utilitarismo, se buscarán convenciones que se obligará a respetar bajo penas y sancio-

nes. Convenciones que la mayoría podrá cambiar mañana y que pueden ordenar monstruosidades. El aborto y la eutanasia pueden ser legales. Y los exterminios nazis.

La ley dejará de ser ordenación de la razón al bien común para pasar a ser la expresión de la voluntad popular. Ya no se hará lo que Dios quiere, sino lo que la mayoría, generalmente manipulada, mande.

Este es el mundo de la Revolución. Y, curiosamente, los mayores genocidios, las mayores atrocidades, Hitler y Stalin, Auschwitz, Katyn e Hiroshima, serán hijos de esa emancipación de los pueblos de la voluntad de Dios para someterse a la de los hombres.

En un determinado momento histórico de nuestra patria, a algunos de nuestros reyes, a Isabel y Fernando y a Felipe III, les estorbaron judíos y moriscos. No voy a entrar ahora en si la medida fue buena o desacertada o justa. Sólo me fijaré en lo que ocurrió. Y fijaros que con los Reyes Católicos estaba gestándose el absolutismo y con el tercero de nuestros Felipes se encontraba ya en plenitud. Ni por un momento pasó por la mente de nuestros monarcas la idea de matarles. El exterminio no lo permitía Dios. Los judíos bajo Hitler o los kulaks con Stalin hubieran agradecido que los expulsaran de Alemania o de la Unión Soviética. Pero Dios ya no existía.

Por supuesto que hubo pecados y atrocidades en las naciones cristianas. Pero me estoy refiriendo a diferencias que no son cuantitativas sino cualitativas. Y por su evidencia no insistiré en ello. Sin Dios todo el mal es posible. No en vano a los cuatro años de la Revolución se instaura en Francia el Terror. Luis XIV, Luis XV y Luis XVI, con todos los defectos que quieran señalarse a sus reinados, y su absolutismo regalista era una importante herida a una sociedad católica, suponían un régimen idílico si lo comparamos con Robespierre.

Y eso fue la Revolución. El Terror de Robespierre. El frío terror del «incorruptible» y, no lo olvidemos, el espantoso terror de los corruptos que eran casi todos los demás. Tallien, Barras, Fréron, Fouché... Nos hemos dejado engañar por una propa-

ganda falaz que nos presenta el año 1789 como el nacimiento de una hermosa Era en la que reinarán la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad. Es una rotunda mentira. Ese año maldito lo único que nació fue un monstruo: el Estado sin Dios.

Porque la guillotina no fue, como algunos pretenden, el dolor del parto de la criatura que llega al mundo. Era la consecuencia lógica de ese mundo sin Dios que nacía. En el que nadie es libre ni hermano. Iguales tal vez sí. Al menos casi todos. Iguales en la esclavitud ante ese amo tiránico que será el Estado.

Todo lo que puede haber de hermoso en las tres palabras de la Revolución es anterior a ella. Y es nuestro. De los hijos de Dios. Que por tener todos, blancos y negros, ricos y pobres, inteligentes y necios un padre común en los cielos somos hermanos e iguales en esa dignidad suprema de hijos de Dios, redimidos todos por la sangre de Cristo que nos ha liberado del pecado.

Con todo lo que eso supone en el orden político. No es más hijo de Dios el rey que el más pobre de sus vasallos. Y éste puede ser santo y, el rey, pecador. Con lo que las puertas del cielo se abrirán para el humilde y podrían cerrarse al poderoso. No insistiré en desarrollar este pensamiento, nos llevaría a plantear todo el panorama del orden político cristiano que no es, evidentemente, el objeto de esta introducción. Pero sí quiero insistir en lo que os decía. Es una inmensa mentira, es una mentira satánica lo de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad de la Revolución.

Y, pese a ser ello evidente, aún se intenta vender tan averiada mercancía. Libertad, Igualdad y Fraternidad que llevaron enseguida a las terribles matanzas de septiembre, que sólo ellas pueden compararse a la noche de San Bartolomé que, con ocasión y sin ella, se nos echa, un día y otro, en cara a los católicos. Que callamos, como avergonzados de pecados que son mucho menores de como nos los cuentan y a fuerza de enseñarnos el fantasma consiguen, además, enervar nuestra defensa, pues, llegamos a creernos que los culpables somos sólo nosotros. Y a poco que se piense, enseguida aparecen enormes diferencias y en una proporción notabilísima a nuestro favor. No es lo mis-



mo Paracuellos que la ejecución de unos asesinos. No es lo mismo. Ni la Liga, empresa gloriosa que salvó la religión y la nacionalidad francesa, que una turba de asesinos arengados por Danton y por Marat, dos personajes cuya muerte, en la guillotina o en la bañera, fueron un alivio para la humanidad.

Libertad, Igualdad y Fraternidad que, inmediatamente después, sumergieron a Francia en un baño de sangre tal que desde Nerón no conocía nada parecido la humanidad y habría que esperar a la revolución comunista o a los campos de concentración de Hitler para que se repitiera algo semejante.

Porque allí murieron todos. Reyes y súbditos. Ricos y pobres. Aristócratas y plebeyos. Clérigos y laicos. Todos. Y como aún les parecían pocos comenzaron a matarse entre ellos. Primero a los girondinos, después a los hebertistas, luego a los de Danton, más tarde a los de Robespierre... Hasta tal extremo que la República cayó en manos de personajes absolutamente subalternos. Habían matado a todos los principales. No quedaba ya nadie. O es que era alguien La Révellière, Merlin, Treillard, Gohier, Moulins... Pues esos hombres, que nada os dicen, gobernaron Francia. Los demás habían muerto.

El rey, la reina y madame Elisabeth en la guillotina y el pobre Luis XVII en prisión, en la guillotina, suicidados, asesinados murieron Robespierre, Danton, Marat, Felipe Igualdad, Brissot, Vergniaud, Saint-Just, Roland y madame Roland, madame Du Barry, Hébert, Bailly, Malesherbes, Condorcet, Camille Desmoulins y su mujer, la viuda de Hébert, André Chenier, Couthon, Carrier, Fouquier-Tinville, Pétion, la princesa de Lamballe... No quedó nadie. Y con ellos miles y miles de vendeanos, de lioneses, de tolosanos, de tolonenses, de bordeleses... Las matanzas indiscriminadas, gratuitas, atroces, inauguraban un sistema de exterminio que sólo perfeccionaría el progreso técnico.

Es el mundo sin Dios. No es nuestro mundo. Pero no podemos decir que los muertos entierren a sus muertos. Porque muchos de ellos son nuestros. Y sus verdugos, también. Porque Cristo también murió por ellos.

Por eso, en los centenarios del tercer Concilio toledano y de

la Revolución francesa, ante esa perspectiva de las dos sociedades posibles, la que tiene a Dios por meta, por padre y por maestro y la que pretende vivir como si Dios no existiera, tenemos que confirmar una vez más nuestra opción por una sociedad cristiana que es la única sociedad humana posible.

El camino es arduo. Pero el fin es hermoso. Dios nos ofrece una tarea inmensa y que a muchos parecerá imposible. Pero hemos sido los españoles especialistas en lo que todos consideraban inalcanzable. Ya lo dijo el poeta: «Cuando hay que consumir la maravilla / de alguna nueva hazaña, / los ángeles que están junto a la silla / miran a Dios y piensan en España». Hoy esa hazaña es la misma de ayer. La misma de siempre. Tenemos que reconquistar un mundo para Dios. Tenemos que volver a sentir la gracia del bautismo de Toledo. Ese bautismo en el que en estos momentos sólo parece que cree una persona. Juan Pablo II según nos lo dijo este verano en Santiago. Y tres personas más. Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Ellos también creen en España. En su España.